

En la mañana del 15 de Mayo volvieron á vomitar sus proyectiles las baterías francesas contra el fuerte de Ingenieros. El general Francisco Paz dió un parte reservado, avisando que los cartuchos para tiros de cañón estaban al concluir y que la pólvora con que se construían había acabado completamente. No recibíendose noticia alguna del exterior de la plaza, convocó el general González Ortega una junta de guerra en la que estuvieron los generales Mendoza, Paz, Berriózabal, Negrete, Antillón, Alatorre, La Llave y Mejía. El general en jefe les expuso la situación de una manera sucinta; los medios á que se había apelado desde el principio del sitio para la introducción de víveres; las fuerzas que con tal objeto había hecho salir y que no habían regresado porque fueron agregadas al ejército del Centro; manifestó su resolución de salir de la plaza; leyó el contenido de las cartas que con tal objeto había dirigido al general Comonfort, de las cuales no había tenido respuesta; finalmente presentó las últimas instrucciones recibidas del gobierno, en las que se le prevenía que cuando faltaran á la plaza municiones de boca y guerra, ó alguno de estos dos elementos, rompiese el cerco para salvar todo el material de guerra posible y especialmente el personal del cuerpo de ejército que defendía la plaza, poniéndole por condición previa en las mismas instrucciones, la de que para practicar esa operación habían de concurrir ambos cuerpos de ejército, lo que hasta esa fecha no había sido posible, por no haber vuelto ni uno sólo de los correos enviados para comunicarse con el cuerpo de ejército del Centro; concluyó su allocución pidiendo el parecer de cada uno de los generales que componían la Junta.

Se discutió largamente acerca de la conveniencia de que la plaza no capitulara; se consideró que era remoto que el general Forey concediera á los defensores de ella salir con todos los honores de guerra y con los elementos que poseían y habían sabido conservar. El general González Ortega expuso que cualquiera que fuese la resolución del general Forey, el honor del ejército de Oriente y de la República se habían salvado peleando, y si el general francés se negaba á conceder á los defensores de la plaza la salida con los honores de la guerra, estaba resuelto á mandar destruir toda la artillería y el armamento, para lo que tenía ya dadas sus órdenes; disolvería el ejército, entregando prisionero y sin garantías á todo el cuadro de generales, gefes y oficiales, diciendo al general francés: «que se entregaba á discreción después de haber defendido la plaza hasta donde humanamente había sido posible, con la conciencia tranquila, la frente erguida y sin esquivar la muerte,» proyecto que realizaba si contaba con generales y soldados patriotas y subordinados.

El general La Llave, con elocuente vehemencia dijo: «yo soy el primero que sigo por ese honroso camino.» La opinión de todos los miembros de la Junta fué: que en el estado en que se hallaba la plaza, era necesario entrar en pláticas con el general en jefe del ejército sitiador para conseguir, siempre que fuera de un modo honroso, la salida del cuerpo de ejército de Oriente. El general Mendoza levantó una acta conteniendo el extracto de lo que se había discutido y acordado en la Junta, y al leerla para su aprobación añadieron los generales Berriózabal y La Llave, una nota diciendo: «que opinaban de la manera acordada,—en cuanto á las pláticas con el jefe

del ejército sitiador—por no haberse dispuesto la salida del cuerpo de ejército de Oriente en tiempo oportuno.» Los generales Mendoza, Paz y Mejía, á su vez, al recordárseles las firmas pusieron una nota aprobando el acta, excepto en las frases agregadas á la proposición que se reformó, porque no habían creído oportuno ningún día para que saliera de Puebla el ejército de Oriente. Pidió el general Berriózabal que en el acto le fueran conferidos poderes al general Mendoza, para que fuera á tratar con el general Forey, propuesta que no admitió el general en jefe, diciendo que otros eran los medios de que se iba á valer para saber la opinión del general francés, quien en una conferencia tenida ese mismo día con el ayudante Tognó, le había dicho: «En una junta de generales, á la que no he querido que concurrea Márquez, para apreciar la situación de la plaza, se han hecho valer algunas palabras de las que ha vertido vd. intencionalmente y quizá con instrucciones del general Ortega, en las conferencias que hemos tenido dígame, pues, á dicho general, que me propongo con franqueza todo lo que estime por justo y conveniente, y que sea decoroso á ambos ejércitos.» El general Ortega no usó de esa facilidad que se le brindaba, pues levantada el acta de la Junta y vista la opinión de los generales, envió una comunicación al general Forey por intermedio del general Mendoza. La comunicación decía así: «Pasa el señor general Mendoza, cuartel-maestre de este cuerpo de ejército, con poderes respectivos, á tener una conferencia con V. E. para arreglar un armisticio.» Las instrucciones dadas al general Mendoza eran: que saliera en la mañana del 16, después de los ataques que probablemente sufriría la plaza en las primeras horas del día; que dijese al general Forey que iba para arreglar los términos de un armisticio en caso que conviniera en ello; en el curso de la conferencia le preguntaría, procurando indicar que no tenía autorización para hacer el interrogatorio, si en caso de que se llegara á un arreglo, convendría en que los defensores de la plaza salieran de ella con todo su armamento y los honores de la guerra, recibiendo en cambio el ejército francés la ciudad que no había podido tomar. El general González Ortega no creía en la eficacia de esas negociaciones, y solamente entraba en ellas porque tal había sido la opinión de los generales que formaron la Junta. Desde la noche del 15 habían tenido que hacer repetidas salidas las tropas que se encontraban en Ingenieros y el Carmen, para impedir los trabajos de los sitiadores y disputarles algunas sinuosidades del terreno; á la una de la madrugada una fuerza francesa desalejó á la avanzada de las tropas de Zacatecas de una casa frente al Carmen, pero fué recuperada por las que estaban al mando del general Alatorre; al amanecer del 16, rompieron nuevamente el fuego las baterías francesas sobre aquellos dos fuertes, habiendo tenido que reparar en Ingenieros por la noche, los destrozos causados en días anteriores. Los pelotones de artilleros muertos y heridos, fueron repuestos cuantas veces se necesitó.

Quando cesaron los fuegos partió el general Mendoza con dos ayudantes del general en jefe á desempeñar la misión cerca del general Forey, con quien habló delante del jefe de Estado Mayor. Encontró que ya conocía el general francés la situación en que se hallaba la plaza por falta de municiones de boca y guerra, y que en consecuencia, le dijo, no era posible celebrar el armisticio propuesto, pues cual-

quier arreglo ó conferencia debía ser sin perjuicio de los ataques que estaba dando á la plaza y que se proponía no interrumpir. Después de algunas explicaciones, le preguntó el general Forey: ¿qué pretendería el general Ortega para entregar la plaza?

—Pretendería, le contestó el general Mendoza, salir de ella con los elementos de guerra que posee y con todos los honores militares, esto es, con tambor batiente y bandera desplegada, mecha encendida y en actitud la artillería de entrar en combate, para dirigirse luego, con el cuerpo de ejército que manda, á la capital de la República, donde terminaría con su llegada toda clase de compromisos para quedar en libertad de continuar la guerra que sostenía México contra Francia.

—¡Oh! replicó el general francés, todo concederé al general Ortega, ménos que queden en actitud las tropas que manda de continuar la guerra contra la Francia, porque esto importaría cambiar solamente de posiciones los ejércitos beligerantes, pues estoy muy seguro que ántes de diez días tendría de nuevo en batalla, contra las huestes francesas, al ejército que tanta guerra me ha dado defendiendo esta ciudad. Dígale al general Ortega, que si pretende algo me lo proponga para entendernos, y que lo que puedo concederle además de los honores militares; muy justos y merecidos, será: que permanezca neutral el ejército que manda, mientras termina la cuestión que hay pendiente entre la Francia y el personal de Don Benito Juárez; pero que aún para esto, necesito oír la opinión de mis generales, á cuya deliberación sujetaré las proposiciones que me haga el citado general Ortega.

Quando acabó de hablar el general Forey, se dirigió al comisionado general González Mendoza, el jefe del Estado Mayor francés y le dijo: —El general Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también, de que los prisioneros que se hagan en la plaza cuando esta caiga en nuestro poder, caso de que sus defensores rompan su armamento, como vd. lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y serán en consecuencia, deportados á la Martinica.

Al oír lo expuesto, exclamó el general Forey con bastante vehemencia y energía, desaprobando los conceptos emitidos por el jefe de su Estado Mayor: —Yo deporto á la Martinica á los ladrones, á los bandidos; pero no á oficiales valientes como los de que se compone la guarnición de Puebla.

Tal fué el inmediato resultado de la salida que efectuó el general Mendoza, y de la conferencia que tuvo con el general en jefe del ejército francés. En vista de ese resultado citó el general González Ortega una junta de generales para la noche misma del 16 de Mayo, á la que concurrieron los que estuvieron en la anterior y además los de igual clase Don Porfirio Díaz y Don Pedro Hinojosa y algunos otros, dejando de concurrir el cuartel—maestre por hallarse indispuerto.

En presencia de todos preguntó el general en jefe al comandante general de artillería, el estado que guardaban las municiones de guerra y se le contestó: que en los ataques sostenidos ese día, se habían consumido aun los cartuchos que tenían triple

carga preparados para romper los cañones; que si se recogían todas las municiones y se concentraban en los fuertes de Ingenieros y el Cármen, éstos podían sostener todavía el fuego dos ó tres horas, y que pasado ese tiempo las municiones de guerra se habrían agotado completamente. Dado este informe salió por orden del general en jefe, á preparar nuevamente los cartuchos con que debía romperse la artillería.

En seguida refirió el general en jefe á los miembros de la junta, el informe que le había dado el general Mendoza, respecto de la comisión que llevó cerca del general Forey, y agregó que atendiendo al estado que guardaban las municiones de boca y guerra, la plaza ya no podría sostenerse el día siguiente, y que como era natural, el enemigo, estando en acecho del momento en que concluyeran aquellas completamente, se apoderarían sin pérdidas y dificultades, de la ciudad cuyos muros no había podido tomar; que él era responsable de aquella situación, responsabilidad que no declinaba en esos momentos ante el gobierno, ante la República y ante el mundo porque en la defensa de Puebla se había salvado el honor de las armas de México, y del cuerpo de ejército que tenía el orgullo de mandar, aun cuando se perdiesen algunos elementos físicos que nada valían al lado de otros intereses tan caros para México.

Los caminos señaló como únicos, para que concluyera de un modo honroso el sitio de Puebla; romper el cerco saliendo de la plaza el ejército de Oriente con toda la majestad del que no huye, ó disolver los batallones, destruir el armamento, inutilizar los miserables restos de los almacenes y polvorines y entregarse prisionero el cuadro de jefes y oficiales, para que de ellos dispusiera á su arbitrio el sitiador. Inclinabase el general en jefe á esta última medida, porque la creía mas decorosa al honor de México, habiendo además dificultades insuperables para realizar la primera si á la salida no se le quería imprimir el carácter de una fuga, pues faltaban caminos para verificar el movimiento y carecia de potencia la artillería movable para abrir brecha en los parapetos levantados por el enemigo, tampoco había municiones suficientes para romper el sitio y sostener los combates que procuraría presentarle el enemigo, cuando lograsen estar al otro lado de su línea, cualquiera que fuera el rumbo á que se dirigieran, sin que se pudiera esperar auxilio alguno del ejército del Centro, cuyo paradero se ignoraba hasta aquella hora.

Por último, se mostró anuente á aceptar el pensamiento de la salida de la plaza, siempre que la mayoría de votos en aquella Junta optara por aceptarlo, lo que se haría constar en una acta ya fuera para gloria ó responsabilidad de los que apoyaran este pensamiento. Hubo una larga discusión, opinando algunos generales por la salida; se rectificaron ciertas explicaciones de lo dicho anteriormente y se amplificaron otras; al fin quedó uniformada la opinión, votando todos porque la plaza se rindiera de la manera propuesta por el general en jefe. El general Pedro Hinojosa sostuvo su parecer acerca de la salida del ejército de Oriente; los generales Berriózabal y Díaz que habían opinado de la misma manera, modificaron su voto y se adhirieron al plan adoptado porque así pensaba la mayoría de sus compañeros. El general Negrete en un arranque de franco patriotismo, opinó porque se procediera para con los